

# LA ESTRELLA DE CHILE.

Año I.

Santiago, octubre 20 de 1867.

Núm. 3.

## SUMARIO.

Lujos i miserias — Guadalupe, leyenda india — Apuntes históricos sobre el teatro de Santiago — Noche de luna — Poesías — La Semana.

### Lujos i miserias.

(Conclusion.)

Lujos lleva envuelta la idea de esplendor, alarde i ostentación. Gastar lujo de palabras significa hablar demasiado, sin objeto útil, solo por hablar. Cuando se dice que algún escritor gasta lujo de erudición se entiende que hace alarde de ciencia indijesta, que multiplica las citas sin objeto, solo por mostrar una instrucción que tal vez no tiene.

Entre los objetos materiales que se llaman riquezas, tal vez no haya ninguno que en algún caso dado no pueda satisfacer una necesidad lejítima. Por este motivo no podrá decirse en términos absolutos que tal o cual artículo es necesariamente artículo de lujo. Cuando tratamos de conocer si algún objeto de consumo es o no artículo de lujo, nos fijamos inmediatamente en las circunstancias de la persona que hace el gasto i en el carácter de la necesidad que se propone satisfacer.

El economista no distingue ni debe distinguir entre las necesidades lejítimas i las ilejítimas, cuando solo hai que tratar del móvil que determina la producción i a que satisface el consumo. Pero cuando se habla de lujo, del mal uso que se hace de las riquezas, si no se quiere confundir el lujo con la prodigalidad o con lo que llaman los economistas consumos involuntarios, hai forzosamente que prescindir del carácter ciego de la necesidad económica i distinguir entre las diversas necesidades, las lejítimas de las ilejítimas.

En efecto, hai muchas necesidades económicas que son vituperables a los ojos de la moral, necesidades, no del hombre virtuoso que cumple con sus deberes, sino del hombre corrom-

pido i de sus bajas pasiones, no verdaderas necesidades, sino necesidades de lujo. La gula i la luxuria (1) son el abuso de los placeres que pueden proporcionar al hombre los sentidos, por consiguiente los consumos que tengan por objeto dar alimento a estas pasiones, no satisfacen necesidades verdaderas, sino necesidades de lujo.

Con la ayuda de la filosofía del lenguaje podemos ya formular la verdadera definición del lujo. Lujo es el consumo cuyo fin es satisfacer necesidades económicas vituperables a los ojos de la moral, principalmente las del orgullo fundado en la ostentación i el fausto i las de la gula i luxuria.

Según esta definición, pueden gastar en lujo tanto el rico como el pobre. No se atiende en ella ni a la naturaleza de los efectos consumidos, ni a la importancia de los consumos; a que sean mas o menos valiosos, ni a que sean mas o menos necesarios o útiles a la persona que los hace, según el juicio que de ello cada cual pueda formarse; sino únicamente al carácter de las necesidades a que son destinados a satisfacer.

El lujo en el sentido que le hemos dado i tal como lo hemos definido, es indudablemente contrario a la riqueza de un país, porque no solo distrae al trabajo i al arte de la elaboración de objetos que pueden ser para lo futuro una fuente de nueva i mayor producción, sino también porque el hábito de los consumos de lujo contribuye de un modo poderosísimo a aniquilar las facultades físicas i morales del hombre, único ajente activo de la producción.

El lujo que ántes había sido considerado como un elemento de riqueza, que tuvo el honor de ser cantado por los poetas i encomiado por publicistas notables, con la difusión de los estudios económicos, ha llegado a ser

(1) Es de notar que lujo i luxuria se derivan de una misma raíz en nuestro idioma. En inglés una misma palabra, expresa ambas ideas, *luxury*; i así en otros idiomas.

pues con nuevo brillo que no menguará hasta el fin de los siglos, la ciencia humana abandonada a sí misma, tropezó con la monstruosa desigualdad de las condiciones humanas, en contró al débil al lado del fuerte, al lado del hombre intelectual al ignorante i al lado del rico que nada en la opulencia al pobre que nada en la miseria. Impotente para remediar el mal, lo sancionó i lo reagravó. Así vemos a los pueblos antiguos pisotear a cada paso las leyes de la humanidad. La esclavitud pasó a ser el estado natural de las tres cuartas partes de los miembros de la especie humana. Pero no solo la esclavitud que convertía en cosa del más fuerte o del más rico al más débil o al más pobre, sino también el sacrificio de víctimas humanas i el infanticidio deshonraron a muchos pueblos bárbaros i civilizados.

La esclavitud es la consecuencia práctica, razonable de la negación de la caridad. Si el pobre no tiene el deber de exigir del rico lo necesario para saciar su hambre i conservar su vida, el rico no tendría tampoco el deber de llenar las necesidades del pobre; la esclavitud será un bien para la miseria i una institución ventajosa, porque, aunque a precio de la libertad, el hombre conserva siquiera su vida.

A los que caían en la miseria los condenaba la antigüedad a la muerte o a la esclavitud; pero como la civilización católica ha creado una admirable conciencia pública rica de ideas nobles i sentimientos, según la brillante expresión de un sabio moderno, ya no ha sido posible recurrir a ninguno de los extremos de que echaban mano los antiguos. De un modo o de otro ha sido necesario que la ley de la caridad se cumpla.

Ha habido espíritus rectos, pero estroviados, que justamente convocados a la vista de la miseria, i no pudiendo ya conservarse de los recursos de los antiguos, han proclamado el comunismo como la panacea contra la miseria i la desigualdad de las condiciones de fortuna. Han bebido tal vez sin quererlo los sentimientos humanos i elevados que ha encarnado en el mundo la civilización católica; pero conformándose al espíritu que anima-

ba al divino Legislador, han querido desobedecer sus mandatos i alterar su obra.

Jesucristo en efecto ha sido el verdadero fundador del régimen de la propiedad que impone en todas las naciones civilizadas. El enseñó la verdadera igualdad, la igualdad en la virtud ante Él. Enseñó al pobre a mirar la riqueza como un don peligroso i la pobreza como un título honorífico i, al rico el respeto al pobre, a mirar en poco sus riquezas i en mucho la caridad; a todos el respeto a la propiedad ajena i el amor del trabajo.

La economía política donde se liga de un modo mas estrecho con la moral, es en la cuestión del lujo i en la de la miseria, dos cuestiones correlativas i solidarias, porque la miseria del pobre no se puede socorrer sino con lo que se quite al lujo del rico.

La esclavitud fué el remedio pagano de la miseria, el comunismo el remedio anticristiano; solo la caridad es el verdadero remedio, el remedio católico.

*"Res alienæ possideatur cum superflua possideatur"* dice uno de los doctores de la Iglesia. "La propiedad es el robo", dice Proudhon. La primera afirmación es la fórmula valiente i acabada de la caridad cristiana; la afirmación impia de Proudhon es la última palabra que dirá la ciencia anticristiana, la falsa ciencia sobre el problema del lujo i de la miseria. I sin embargo, si la caridad cristiana no existiera, razonables serían el comunismo o la esclavitud.

### GUALDA.

(LEYENDA INDIANA.)

Todos conocen en larga i sangrienta fue la lucha empeñada, en tiempo del colonaje, entre los indómitos araucanos i los conquistadores españoles.

El amor a la libertad, que era un precepto para aquel pueblo salvaje, elevó muchas veces a los indígenas a la categoría de mártires i de héroes.

La guerra de la Araucanía, con sus grandes i sangrientos episodios, mereció los honores de la epopeya.

Los tercios españoles, vencedores siempre en grandes batallas i tenidos por ello como invencibles, tuvieron que retroceder ante el violento empuje de aquellas huestes indisciplinadas, pero que se precipitaban sobre ellos como el torbellino.

Grandes capitanes que habían obtenido sus grados en los campos de batalla, vinieron a ponerse al frente de los soldados de la conquista; i sin embargo, ni su habilidad ni su prestígio pudieron hacer que una victoria definitiva fuese el premio de sus esfuerzos.

Los araucanos, vencidos hoy pero vencedores mañana, luchaban con tan infatigable tesón, que los ejércitos españoles solo podían considerarse dueños del territorio que pisaban.

La astucia i el número suplían a la ciencia guerrera de los españoles i a la superioridad de las armas europeas.

Resultó de aquí que la Araucanía pudo presentar al mundo el raro ejemplo de un pueble débil que supo conservar su independencia sin perecer.

El ardor guerrero de aquellos bárbaros se encontraba encendido, ademas del amor a la patria, por el ardor varonil de las mujeres indijenes que, segura parece, no conocían las debilidades de su sexo.

La tradicion conserva, sobre todo esto, bellísimos episodios.

La leyenda que hoy publicamos tomada de la historia i en que entra por muy poco la imaginacion, probará lo que decimos.

## II.

Muy cerca de la noche de uno de los últimos días del mes de abril de 1557, uno de los muchos bosques que rodeaban la ciudad de la Concepción presentaba un aspecto extraño.

En el centro de un claro que se hallaba casi en el medio de la selva, vefanse plantadas en el suelo una lanza gigantesca i otro instrumento que a la vez parecía insignia i arma de combate.

Cerca de la lanza había una inmensa fogata cuyas llamas rojizas proyectaban siniestros resplandores sobre los semblantes atezados de un centenar de individuos.

Estos eran indios que se encontraban sentados en el suelo, inmóviles como estátuas, sumeridos, al parecer, en una somnolencia estúpida.

A una distancia conveniente, las mujeres de los indios cuidaban de sus caballos.

Poco momentos pasaron así. Interrumpió aquel silencio monótono el ruido que formaron los indios al levantarse para recibir a su jefe que llegaba.

Era éste el célebre Caupolicán.

Las ceremonias que allí tuvieron lugar i los discursos que después se pronunciaron, dieron a conocer que aquello era una junta de guerra.

En aquellos días había llegado a Concepción don García Hurtado de Mendoza, encargado por el virrey del Perú de la pacificación de la Araucanía. Los indios se preparaban para combatirlo, i aquella asamblea tenía por objeto deliberar sobre los medios mas a propósito para hacerlo con éxito.

Caupolicán propuso que se enviase embajadores al jefe español con pretestos de paz, pero en realidad con el objeto de conocer cuáles eran sus recursos i el verdadero estado de sus fuerzas.

En aquella reunión se hizo notar por su fogosa eloquencia i audaz resolución un joven cacique llamado Pilgueno, que por primera vez iba entonces a medir sus armas con los españoles.

—Juremos, dijo, por la memoria de nuestros abuelos, defender hasta derramar la última gota de nuestra sangre, este territorio en que reposan sus sagrados restos.

Los indios recibieron estas palabras con grandes alardos, i el juramento se hizo invocando a Pillan el jenio del mal. Al hacerlo blandían sus macanas con furia como si ya marchasen al ataque.

Con esto se dispersaron; i de esta suerte concluyó el *leparu* o consejo de guerra.

El embajador se puso en marcha para el campamento español.

Los demás indios se entregaron a la borrachera con que terminan siempre sus fiestas i reuniones.

Solo dos de entre ellos no los acompañaron. Caupolicán que se retiraba del bullicio para coordinar en el silencio sus planes de salvación de su raza, i Pilgueno que se dirigía a su choza, situada a poca distancia de allí, a atender a su joven esposa que, probablemente, aquella noche debía darle el primer hijo.

## III.

La esposa de Pilgueno se llamaba Guadalu. Era muy joven i tenía aquella hermosura salvaje pero atractiva que tanto resalta en la raza araucana.

Las duras líneas de su rostro, sus ojos grandes, negros i expresivos, todo el conjunto de aquella fisonomía inspiraba simpatía i afición, al mismo tiempo que revelaba la altivez de una alma heroica.

Hacia poco menos de un año que se había unido con el simpático Pilgueno, el joven mas gallardo de todos los que se hallaban al frente de un *utammapo*.

Guadalu, como casi todas las mujeres de los indios, siguió a su esposo en su expedición. No le arredraron ni las fatigas de un largo viaje ni el estado en que se encontraba. Todo supo vencerlo con una constancia varonil.

Dos días habían pasado.

En la mañana siguiente a la noche del consejo, Guadalu había dado a luz un hijo.

La mañana estaba hermosísima. Un bri-

llante sol de otoño alumbraba los bosques i montañas.

Al recién nacido se le puso por nombre Antequeno, sol del cielo.

Efectivamente, aquel tierno infante era el sol de la felicidad que aparecía en el cielo sereno del amor de ambos esposos.

El embajador enviado a don García había vuelto, i aquella misma noche debía atacarse el fuerte que protegía a los españoles.

Todos se preparaban para el próximo combate. Pilgueno había entrado a su choza para despedirse de su esposa i de su hijo.

Gualda lo recibió sonriendo.

—Esta noche debo partir; Gualda, ¿nos volveremos a ver?

—¿Por qué no? ¿Acaso piensas ser vencido? Un araucano nunca piensa en la derrota cuando marcha a combatir.

—Es verdad; pero no cuando deja tras de sí un hijo i una esposa, es decir, su corazón i su felicidad.

—Pilgueno, tu nunca conociste el miedo.

—Ni lo conozco aun; pero los *huincas* (soldados españoles) disponen del rayo i mandan a los truenos: nosotros somos débiles, podemos ser vencidos i morir.

—¿A qué pensar ahora en la muerte? Si los huincas son poderosos, también lo son los hijos de Arancó. Es Pillan el que les presta sus rayos, i ya los sacrificios hechos habrán inclinado en nuestro favor al espíritu de la noche i de los abismos.

Mientras Gualda hablaba, Pilgueno, fijos los ojos en su hijo que dormía, lo abarcaba con una mirada de inmenso amor.

Acercóse a él conmovido i le besó en la frente, al mismo tiempo que decía a su madre que también se acercaba para besarla:

—I si muero, Gualda, ¿qué será de nuestro hijo?

—¿Nuestro hijo?..... nuestro hijo será siempre digno de su padre i de su nación. Morirá libre pero no vivirá esclavo.

—Gracias, Gualda. Ahora no puedo temer las iras de *tipaini-pilli* (la muerte). Dame un abrazo que ya es hora de partir i rueda a *Willpepilbae* [ser omnipotente] por nosotros.

Los dos esposos se abrazaron tiernamente pero sin derramar una lágrima. Pilgueno era el que parecía más conmovido.

Cojío su lanza i su macana, púsose sus insignias de toqui i salió.

Gualda entretanto se ponía de rodillas, i en una súplica dolorida como un último suspiro, pedía al buen espíritu que librase a su esposo de las armas de los huincas.

Sol del cielo era el único que permanecía en su hamaca indiferente a estas escenas.

¡Pobre niño! apenas contaba tres días de existencia!

#### IV.

Al amanecer del día siguiente principió el ataque del reducto en que se asilaba don García.

Al romper el alba, los alaridos de los indígenas, elevados en son confuso pero terrible hasta los cielos, avisaron a los españoles que los indios estaban allí, al pie de sus fortificaciones, provocándolos a un duelo a muerte.

Seis piezas de artillería rompieron entonces sus fuegos; los arcabuces de los soldados dirigían sus punterías a los pelotones de indios que venían como las olas de un mar alborotado a estrellarse contra las reparticiones improvisadas de la fortaleza.

Al rededor de éstos se había construido fosos profundos, para impedirles acercarse a escalar las murallas.

En menos de dos horas los fosos estuvieron cegados i los araucanos los atravesaban pasando por sobre los cuerpos palpitantes de sus compañeros.

Algunos jefes de los mas arrojados, despreciando aquél horrible puente de seres humanos que agonizaban, llegaron al otro lado por medio de un salto prodigioso: preséntales alas la ceguera de su cólera.

Pocos de entre éstos lograron escalar el muro i mantenerse dueños de un reducido espacio de su cima, haciendo prodigios de valor.

Tucapel, Rengo, Talhueno i otros, parecían en aquel instante mas que hombres, fieras; mas que seres humanos, gigantes de nueva especie, invulnerables, terribles como el espíritu de la destrucción i de la muerte.

Era una ansia salvaje de matanza i de sangre la que impelia a aquellos bárbaros, que no solo quisieran devorar a los españoles, sino arrancar de su base la colina en que peleaban para volcarla i precipitarse todos en los abismos que quedaran bajo de ella.

El combate seguía, cada vez con encarnizamiento mayor, hasta que los indios se vieron obligados a desalojar los puestos que habían conquistado a fuerza de audacia i mantenido con un valor que sale fuera de los límites de lo creible.

La lucha siguió en el llano, donde fiú mas jigitancia, si cabe, que la habida en la colina, que quedaba cubierta de cadáveres.

Pilgueno descollaba allí al lado de los caídos de mas nombradía.

Don Martín de Elvira, caballero español, peleando cuerpo a cuerpo con el cacique Gracolano, perdió su pica, que el bárbaro se llevaba en triunfo.

Un tiro de arcabuz lo derribó, pero la pica quedó plantada allí, como invitando a su dueño a recobrarla.

Antes de que lo hiciese, Pilgueno se lanzó a ella i comenzó a blandirla dando alaridos de triunfo.

Encendiéose con esto el coraje del español, que miraba en aquella arma perdida un testimonio de su vergüenza.

Precipitóse de improviso contra el indio, i en una lucha cuerpo a cuerpo, que duró cerca de media hora con diversas alternativas, el español consiguió recobrar su pica, derribar a su adversario i ultimarlo, dándole tres puñaladas en el corazón.

El combate siguió así por mucho tiempo, pero ya los indios iban en retirada.

Las armas de fuego de los españoles habían diezmado horriblemente sus filas.

Al caer de la tarde la batalla cesó, i los españoles i los indios se retiraron; aquellos a sus cuarteles, éstos a su campamento a prepararse para nuevos combates.

#### V.

Un silencio lúgubre i solemne reinaba algunas horas más tarde en aquel campo, inmenso cementerio creado en un momento por las furias de los hombres.

Al estruendo de la lucha habían seguido rumores vagos de quejas, ayes i lamentos. I después, nada mas.

La blanquecina luz de la luna tomaba en la superficie de la tierra un color rojizo; parecía, en su diáfana transparencia, impregnada de vapores de sangre.

De repente un ruido sordo se elevó a la distancia, rui lo que a cada momento se hacía mas perceptible.

Lo formaban una gran multitud de mujeres indias que marchaban en dirección al lugar de la batalla.

Llegadas allí principiaron a cumplir con el deber que las llevaba.

Iban a buscar los cuerpos de sus esposos muertos en la pelea para sepultarlos en el lugar que les estaba destinado.

¡Qué espectáculo aquél!

Esas valerosas mujeres, vagando a media noche por un campo de desolación, -mudas, silenciosas, severas, como las almas de los aparecidos, a quienes presta forma una imajinación asustadiza.

I luego, después, esos fantasmas que huían llevando en hombros cadáveres mutilados, restos disformes de seres humanos, que el ademán misterioso de aquellas sombras que conducían otras sombras e iban a perderse en la oscuridad.

I todo aquello engrandecido, mistificado por el silencio, por las circunstancias, por el ademán misterioso de aquellas sombras que conducían otras sombras e iban a perderse en la oscuridad.

¡Oh! todo eso parecía ser una horrible pesadilla, alguna de esas escenas increíbles de dramas en que juegan seres fantásticos, sombras, cadáveres, espíritus i demonios!...

Gualda estaba allí entre aquellas mujeres. La esposa del infeliz Pilgueno había ido a buscar su cuerpo llevando en brazos a su hijo, que Horaba sin descanso.

Todas las indias volvieron a sus chozas;

solo Gualda quedó en el campo revolviendo cadáveres, sin poder hallar el objeto querido que buscaba.

— ¿Dónde estás, Pilgueno? le decía. — ¿Por qué no me respondes? — ¿Qué no oyes el llanto de tu hijo?.....

Pero nada más que un eco indescriptible era su respuesta.

Era que todos aquellos cráneos hendidos volvían a la desgraciada esposa, en ecos lúgubres, los ayes de su dolor.

— Respóndeme, Pilgueno. Soyo, Gualda, la que te llama.... Es tu hijo, Sol del cielo, luz de tu alma, vida de tu corazón, el que te busca para reanimarte con su sonrisa i devolverte a mi amor.....

Pero nada; siempre ese mismo silencio, ese misma calma fría, glacial, aterradora, que helaba la sangre, que comprimía el corazón.

Al venir el alba, Gualda encontró por fin a su esposo, cubierto por las ramas de unos matorrales que lo habían ocultado a sus ojos.

Pero ya no era tiempo de llevarlo. Sus fuerzas se habían agotado con las fatigas de aquella noche; i ántes de que pudiese arrancarlo de aquellos sitios, sería descubierta, tal vez hecha prisionera, i no conseguiría que el cuerpo de su esposo no fuese echado en la fossa común que pronto se abriría para todos los muertos en la refriega.

I el dia avanzaba a pasos de gigante.

Al vago resplandor del crepúsculo, iba sucediendo una luz, tenua aun, pero mas viva.

Era preciso decidirse.

Gualda, entre tanto, parecía meditar. Indudablemente quería tomar alguna resolución.

De repente se pone de pie, besa en la frente aquél cuerpo inerte, estrecha contra su corazón aquél otro corazón frío que ya no responde a los latidos del suyo, i parte.

¿A dónde va?

Va abuscar al jeneral español para pedirle aquellos restos que a él de nada le sirven, pero que son todavía para ella un tesoro inestimable.

#### VI.

Don García Hurtado de Mendoza recibió con mucha amabilidad a aquella india que solicitaba audiencia.

— ¿Qué es lo que pides? le preguntó.

— Una gracia, señor.

— ¿Cuál?

— Que me permitáis llevar el cuerpo de mi esposo para darle sepultura.

— I ¿cómo te has atrevido a llegar hasta aquí?

— Es que soy esposa i madre, i vos debéis saber que las madres i las esposas reciben de la naturaleza una fuerza superior a la de las demás mujeres para intentarlo todo, para hacerlo todo por los seres que aman.

— Pero no podias tener esperanza alguna de que yo, enemigo de tu raza, accediese a tu solicitud.

— Por el contrario, señor. Yo sabia que erais hombre i que tenias corazon. Yo sabia que si os hablara en nombre de mi amor de esposa i de mi amor de madre, vos no podriais resistir a mis súplicas. Os hubiera preguntado si tenias hijos, i, mostrándoles el nino, hubiera dejado que su sonrisa inocente o sus inocentes lágrimas os hubiesen hablado por mí. Hubria pronunciado el nombre de vuestra madre, i al oírlo, lo creo firmemente, no hubierais podido negarme lo que os pedia. Señor, os hubiera dicho, mi esposo ha muerto, pero vos podeis devolverme su espíritu; dad este triste consuelo a esta mujer desamparada i a este pobre recien nacido, que siempre sabrán agradeceros semejante beneficio.

Don García escuchaba a Gualda con una atencion profunda mezclada de curiosidad.

Conocia perfectamente que aquella india no era un ser vulgar, i meditaba un medio de aprovechar para el cristianismo aquella intelligenzia tan despejada i aquel corazon tan grande.

Al cabo de un momento le dijo:

— Te concedo lo que me pides, pero con una condicion.

— ¿Cuál, señor?

— Que te hagas cristiana.

Gualda vaciló, pero solo un instante.

— Acepto, dijo.

Probablemente le importaba poco cambiar de religion, como quiera que la suya no le inspirase confianza i que el único culto de su corazon i de su alma era el amor de su esposo.

Dos soldados conducidos por Gualda fueron a traer el cuerpo de Pilgueno al lugar en que esta lo había dejado.

Fuera del reducto se abrió una sepultura i Pilgueno fué enterrado allí.

Sobre ella se plantó una cruz.

Gualda recibió en el bautismo el nombre de Magdalena.

## VII.

El curso de esta relacion, cuyos hechos todos son estrechamente históricos, está probando cuan elevados sentimientos cabian en el pecho de aquellos bárbaros a quienes se quiso privar hasta de la intelligenzia i de la racionalidad.

Las indias amaban a sus esposos con un cariño tierno, apasionado, sin límites.

Sus esposos les correspondían con un amor igual.

No eran, pues, los araucanos bestias feroces que solo obraban por un instinto ciego de destrucción i de matanza, semejante al que impelió al lobo a devorar al cordero, al tigre i a la pantera a devorar al hombre.

Pero prosigamos.

Sobre la tumba del infortunado Pilgueno naciéreron muchas flores.

Era que Gualda con solícito cariño las había plantado allí i las regaba diariamente con sus lágrimas.

Allí pasaba largas horas entretenida en conversar con el objeto de su cariño.

Su hijo la acompañaba siempre.

— Pilgueno, le decía Gualda, ¿por que te obstinas en permanecer mudo? ¿O es que ya no me amas?.... Pero yo te amo siempre, i quisiera que, como ántes lo hacías, me dijese tu también que me amabas.... ¿Acaso allá donde tu resides se olvida a las esposas o se les prohíbe amarlas?.... ¿No me respondes?.... Ah! i que pronto te has olvidado de mí!....

Algunas veces, en días de tempestad, caía la lluvia a torrentes i los vientos soplaban con furia. Pero nada la detenía. Todas las tardes iba a depositar una ofrenda de amor en aquella tumba, triste altar elevado a un desgraciado cariño.

En todas sus visitas repetía las mismas preguntas i las mismas quejas a aquellos restos ocultos a su vista pero cuyo recuerdo llenaba su corazon.

## VIII.

Diez i ocho años pasaron así.

Aquella persistencia tenaz en un amor tan singular había rodeado a Gualda de cierto prestigio supersticioso entre los mismos españoles.

En sus burlas impías por todo lo que había de mas santo en materia de amor, no se atrevian a profanar con sus sarcasmos aquella especie de solemnidad religiosa que investían las misteriosas relaciones de Gualda con su esposo difunto.

Sin embargo, su posicion entre los españoles se iba haciendo diariamente mas triste.

Antegueno había crecido i todos lo consideraban como esclavo; llevaba en sus venas sangre araucana!

Todo esto desasogaba a la desdichada india que idolatraba a su hijo.

Era una noche de julio.

Noche fria i tempestuosa, oscura como el pensamiento de un crimen.

Al pie de la cruz que señalaba la tumba de Pilgueno se veía dos sombras arrodilladas.

— Erais vosotros, espíritus de la noche, que entretenéis sus largas horas conversando con los muertos?

Las sombras se levantaron.

— Adios, Pilgueno! dice una. Antes de que murieras yo te prometí que tu hijo moriría libre pero no viviría esclavo. Si creiste que había olvidado mi promesa, te engañaste. Voi a cumplirla. Puede que algún dia me sea dado volver a este lugar; por ahora me ausento, pero aquí queda mi corazon. Yo sé Pilgueno que tu me escuchas; bendícame,

pues, te ruego, i bendice tambien a tu hijo que en este momento besa la tierra del sepulcro de un padre a quien no conoció, pero que le ha enseñado a venerar i amar. Pilgueno, una vez mas, adios!!!!....

I aquellas sombras se alejaron con paso lento.

El silencio de la noche, interrumpido por un instante, volvió a reinar mas lugubre i mas solemne.

El viento silvaba, pero sus voces parecian los ecos prolongado de un país inmenso.

¿Será que en esas noches oscuras la naturaleza viste luto, i que las voces de los vientos, los ruidos de las aguas son otras tantas quejas del mundo que sufre algun intenso dolor?

#### IX.

En la tumba de Pilgueno se secaron las flores plantadas i conservadas por Gualda.

La india i su hijo habian desaparecido.

Muchos años pasaron, pero todavia se conservaba en Concepcion un recuerdo melancólico de aquella india, tipo de la buena esposa.

Pero ese recuerdo se iba borrando poco a poco.

Si no hubiera sido por la cruz que, vieja i carcomida, se conservaba aun, hasta se habria olvidado el lugar del sepulcro de Pilgueno.

No obstante, de tarde en tarde, se reavivaba ese recuerdo.

Era cada vez que llegaba noticia de alguna nueva hazaña de un cacique llamado Antegueno, que se presumia ser el hijo de la india.

Era, en efecto, el hijo de Gualda que aborrecia a los españoles, por mas que su madre, que le habia enseñado a amar a su patria i a su padre, le aconsejara que no odiasse a los que le habian permitido pasar tranquila durante muchos años al lado del sepulcro de su esposo.

Las hostilidades entre españoles i araucanos continuaban; pero como la victoria no se decidia por ninguno, se acordó una especie de tregua para celebrar un parlamento.

Este tuvo lugar cerca de Concepcion.

Aprovechándose de esta oportunidad, muchos indios, llevados por una curiosidad mui natural, fueron a visitar la ciudad.

Iba entre ellos una india anciana, aquejada talvez por alguna enfermedad, siquiera no fuese otra que su vejez.

Pero su rostro macilento i su andar vacilante indicaban claramente que algo sufría.

La acompañaban tres indias mas que la ayudaban i la asistian.

El sol se habia ocultado ya i la india se dirijia al campo.

Vagó por los alrededores de la ciudad hasta mui entrada la noche.

Fatigada talvez se sentó a descansar cabalmente en el mismo sitio en que muchos años ántes se habia enterrado a Pilgueno.

La noche avanzaba i la india no se movia de su asiento. Parecia aletargada.

Escucháronse primero suspiros comprimidos, despues sollozos ahogados.

Al fin la india se incorporó.

—Pilgueno, dijo, aquí me tienes otra vez: Anciana i enferma, la nieve que ves en mi cabeza no ha apagado el cariño en mi corazón. Tu hijo es digno de ti; regocíjate, esposo mio, conmigo..... ¡Cuán distinta está esta tumba de lo que yo la dejé! Ya no hay en ella ni yerbas ni flores.... ¿Cómo es posible que yo haya estado separada tanto tiempo de tí?.... Siempre mudo, siempre!.... Pero yo soy una loca, los muertos no hablan nunca. ¿I por qué será esto?.... Pilgueno ¿has sentido mi ausencia? ¿Nó estrañaste, cuando me alejé, que mis lágrimas no penetrasen a calentar tu frío cuerpo?.... I cómo me parece que respiro mejor estando junto a tí!.... Por un momento voi a ocupar tu lecho; me quedo a dormir aquí..... I la anciana se acostó i se durmió.

Al dia siguiente las indias que la acompañaban salieron a buscarla.

Se llegaron a ella, la hablaron, la tocaron.....

Estaba helada.... habia muerto....

En aquel mismo sitio cavaron un hoyo i la enterraron.

Gualda reposaba al fin al lado de su esposo.

Unidos por el amor en la vida, unidos tambien sus restos en el seno de la tierra, Gualda i Pilgueno no se separaran jamas.

*Máximo R. Lira.*

#### Apuntes históricos sobre el teatro de Santiago.

(Conclusion.)

#### VII.

En 1849, se construyó un teatro de poca capacidad; pero, elegante i bien situado, a poco mas de una cuadra de distancia de la plaza de armas. Se abrió con una mala compañía dramática, lo que ocasionó la quiebra de la empresa a los pocos meses de trabajo. Este teatro concluyó por un incendio en 1857, despues de haber servido para que Miss Hayes, soprano de reputación europea, diera algunas escenas de *Norma, Profeta, Linda* etc.

En su jénero es indudablemente lo mas notable que se ha oido en esta